

SALÓN HABANA

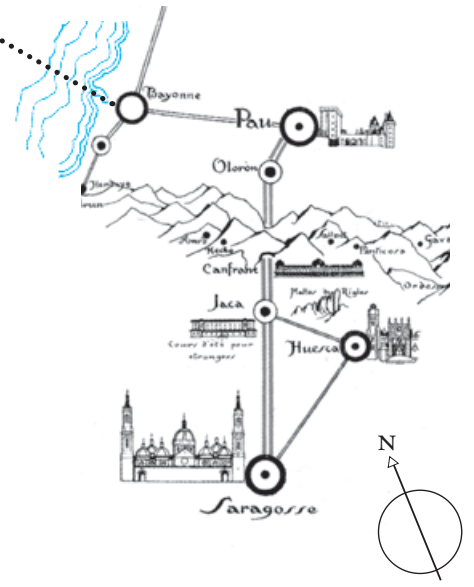


SALÓN HABANA





Estación internacional de Canfranc, 2008



Siempre me he considerado una persona afortunada, amigo de mis amigos, amante de este país que se llama Aragón y de sus gentes; y, en este preciso instante, con todo el torrente de recuerdos en mi memoria, creo sinceramente que soy feliz.

Alocución de José Antonio Labordeta Subías en el Acto de su Investidura del Grado de Doctor Honoris Causa que tuvo lugar el 23 de marzo de 2010 en el Edificio Paraninfo de la Universidad de Zaragoza

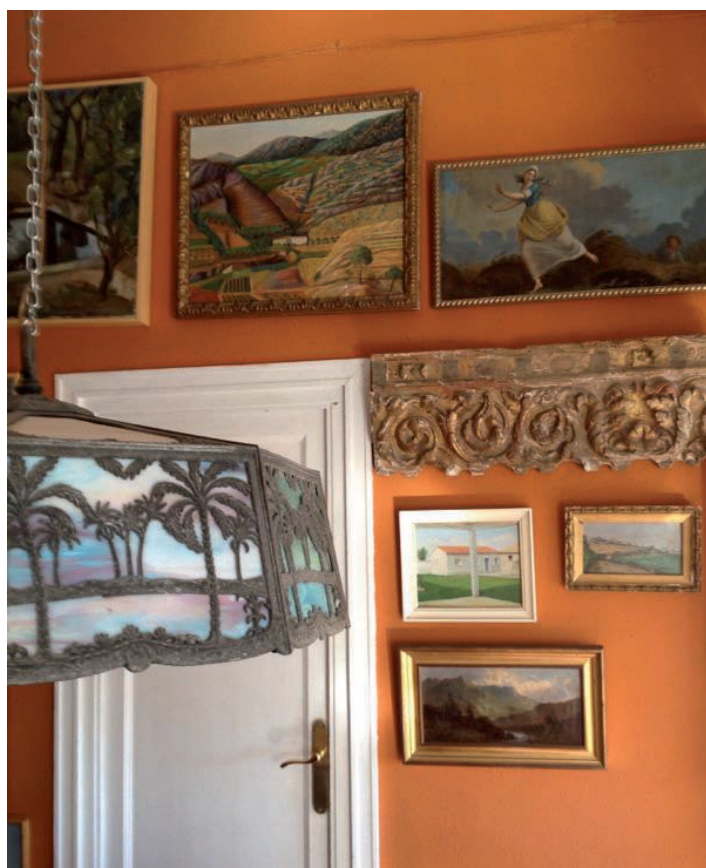
Somos igual que nuestra tierra suaves como la arcilla duros del roquedal.

Somos. JOSÉ ANTONIO LABORDETA



EL SALÓN HABANA





EN EL CENTRO DEL TIMBRE, encabezado por la leyenda Registro Nacional de Bienes Culturales de la República de Cuba, Ministerio de Cultura, y coronado por el escudo del Estado, se lee Sello Oficial; en su parte inferior se advierten distintos datos que ofrecen una información detallada referente al objeto que sirve como pretexto de este relato.

Este sello figuraba adherido a la parte superior de una lámpara de techo que aparecía facetada en ocho caras, cada una de las cuales al encenderse la luz sugería, con sus palmeras fundidas en metal y trasdosadas por cristales coloreados, un amanecer, o un atardecer, del trópico. La lámpara la encontré, en una nave industrial de las afueras de la ciudad, en medio de una miscelánea de cosas procedentes de un acuerdo comercial con el gobierno cubano: mesas, sillas, sillones, maceteros, pinturas, esculturas y variados bibelots de distintas épocas.

Me fijé de inmediato en lo atractivo de su apariencia, de un exotismo rayano en el kitsch y sin embargo —como tantos objetos en el límite del mal gusto— tremendamente sugerente.

No dudé en comprar la lámpara, a pesar de que ciertos sentimientos encontrados se adueñaron de mí, pues no cesaba de preguntarme ¿de dónde podía proceder?, ¿había sido expropiada,

quizá?, ¿qué ocultaba, a fin de cuentas, el sello del Ministerio de Cultura cubano? La lámpara quedó colgada en la zona de la galería posterior de mi nuevo estudio.

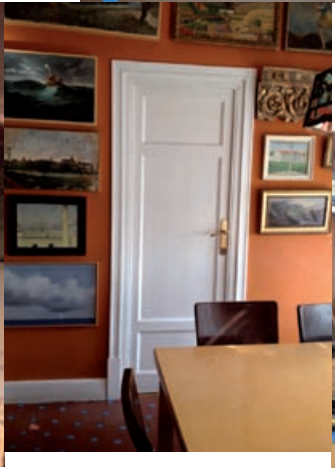
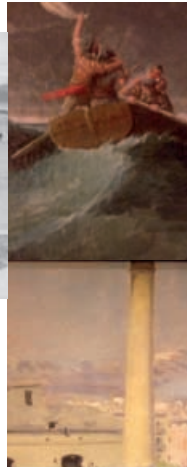
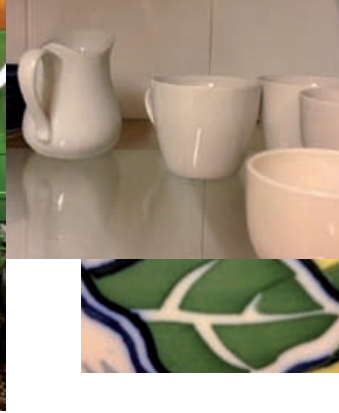
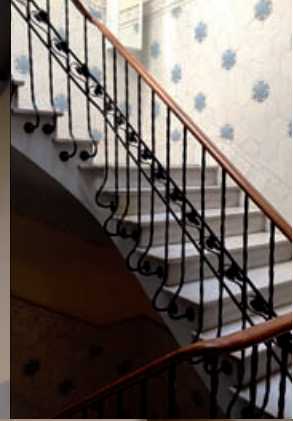
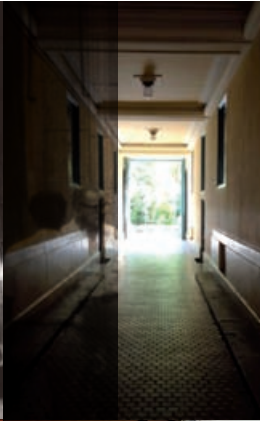
Siempre había mantenido, desde que me instalé en Zaragoza, el mismo estudio: un ático en un ángulo de la ciudad que permitía ver los confines de la misma y el entorno rural; y como quiera que los edificios colindantes levantaban pocas alturas, en los días de clara visibilidad podía avistarse, al sur, el alto de La Muela, el Sistema Ibérico con el Moncayo, al oeste, y la sierra de Guara, al norte, en las primeras estribaciones de los Pirineos. Un estudio donde la mirada, en el momento que se alejaba de la mesa de trabajo, se perdía en el horizonte infinito, favoreciendo que la fantasía vagase errante y sin rumbo alguno.

Pero decidí trasladarlo a un edificio situado en el centro de la ciudad. Edificio al que se tiene entrada a través de un paso de carruajes que comunica la calle con el jardín interior del inmueble, resto este último de lo que fuera el linde de los jardines y huertas del antiguo colegio del Sagrado Corazón y de lo que había sido la vocación de la casa de erigirse en parte de un jardín. Desde el zaguán se accede a la escalera y ascensores. Escalera que señala el origen de la casa a principios del siglo XX. Los azulejos y barrotes modernistas datan de su construcción en 1911 y las puertas de las viviendas y los ascensores art déco pertenecen ya a la ampliación, alrededor de los años 30.

El piso conserva, en la parte de atrás, la que da al jardín, una cocina-galería muy tradicional, y fue aquí donde colgamos la lámpara y colocamos una mesa cuadrada de Alvaar Aalto y unas sillas Thonet de la primera década del siglo XX, acompañadas de otras

de 1940. Teníamos ya acondicionado el lugar de la tertulia, y a él nos desplazamos, abandonando las cafeterías que habían sido, en distintas circunstancias, nuestros lugares de reunión. La mirada olvidaba así el paisaje y la perspectiva externa y mudaba hacia el interior, volviéndose introspectiva.

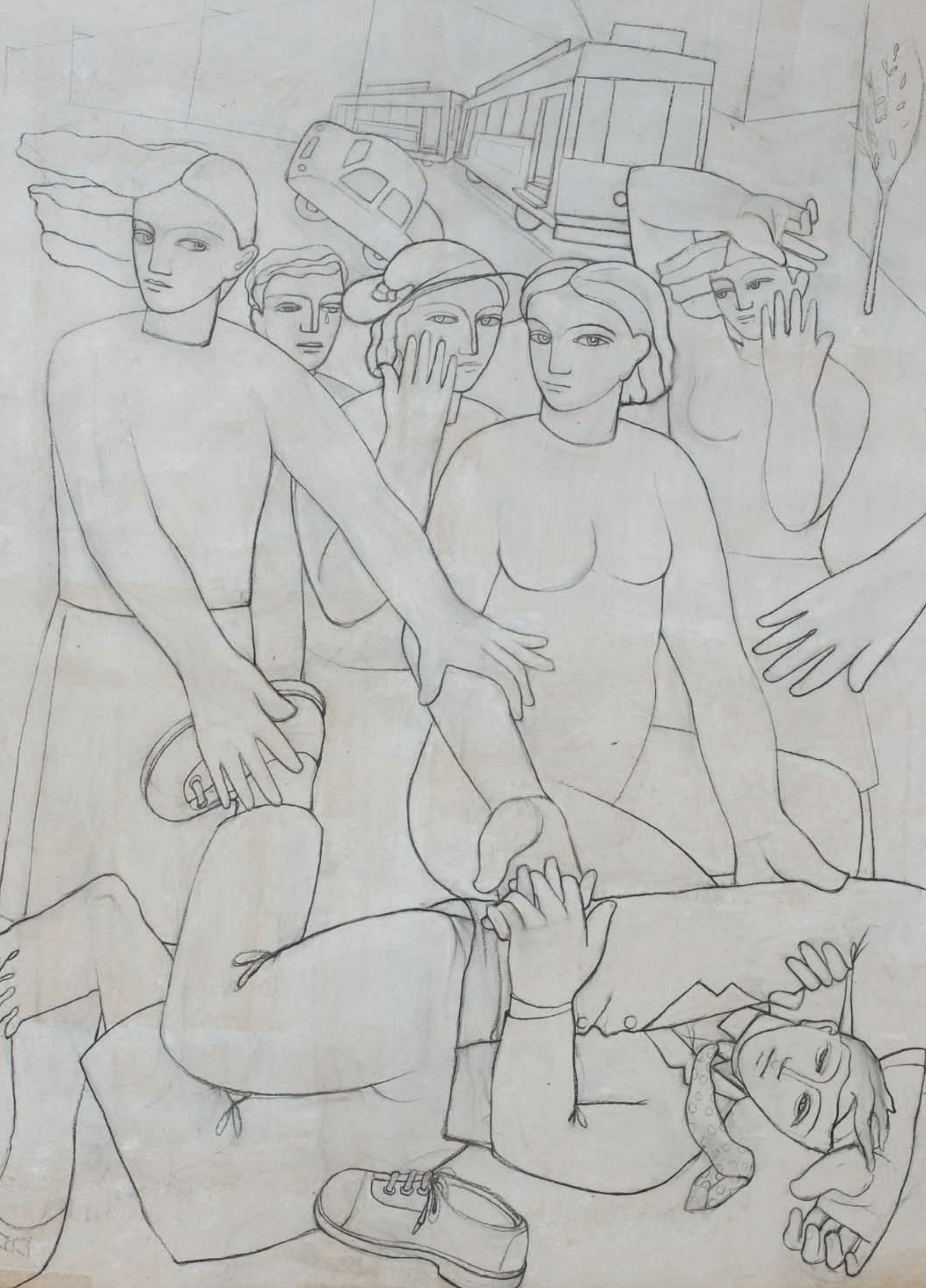
De esta forma quedó constituido lo que emocionalmente dimos en llamar Salón Habana, que poco a poco iría construyendo su propio paisaje frente al despacho de arquitectura. Distintos recuerdos y cuadros fueron poblando las paredes, y las voces llenaron el espacio en el que todavía hoy, a pesar de faltar José Antonio, nos seguimos reuniendo, las tardes de los domingos, dispuestos a sumar palabras.





TARDES DE DOMINGO





EL SALÓN HABANA

Va cayendo la tarde, los tenistas
rompen a raquetazos el futuro.
Van dorándose los árboles y el muro
donde cuelgan los sueños las visitas.

Va llegando la noche y las María
Fontaneda, crujientes, en un tubo,
envueltas en celofán, esperan turno
más a ser devoradas que comidas.

Vuelan ideas locas y proyectos,
flotan en la estancia como los cometas.
Ya no quedan ni almendras ni galletas,
las bolas de tenis yacen por los setos.
El domingo melancólico se acaba,
duerme el silencio en el salón Habana.



DE LA HABANA AL CIELO

DE LA HABANA al Ebro
del Ebro a tus ojos
y vuelta que dale
de la Habana al sueño.
Del río a tu risa
también al son agrio
del gemido herido.
De la Habana al mar,
la fábula de agua
y el clamor hundido.

Del salón a la Habana
con el tronco ronco
que nos llevó erguidos
andando el océano,
la luz que flotaba
entre tus estrofas
y el pétalo rojo
del clavel dormido.

De la Habana al barrio
allí sigo oyendo:
libertad, justicia,
dignidad y orgullo.
De mi casa a tu Habana
a buscar colores
y traer pinceles
con los que pintabas,
José Antonio, el mundo.

De la Habana al Ebro
¡acudid amigos
vámonos de vuelo!
De la Habana nuestra,
de la Habana al cielo



LA HERIDA SUSPENDIDA

HOY LLAMO a los dioses,
a los áureos,
a los que acompañaron
nuestro pálido sueño
y fueron devorados
en el valle de la ira.
Despertaron
sin pies, sin torso,
sin manos, ni cabeza.
Los destrozó
el brutal enemigo
en el paisaje yermo
que amparó la crueldad.
Ardió la tierra.
Aquella zarza obscena a puñaladas
acribilló
el rumor de los besos.
Se eclipsó
la aurora floral de vuestras vidas,
y el vuelo libre de tu libre anhelo...
enmudeció.
Pero no quiero hablar de esto.



No insistiré.
Allí quedó
la herida suspendida.

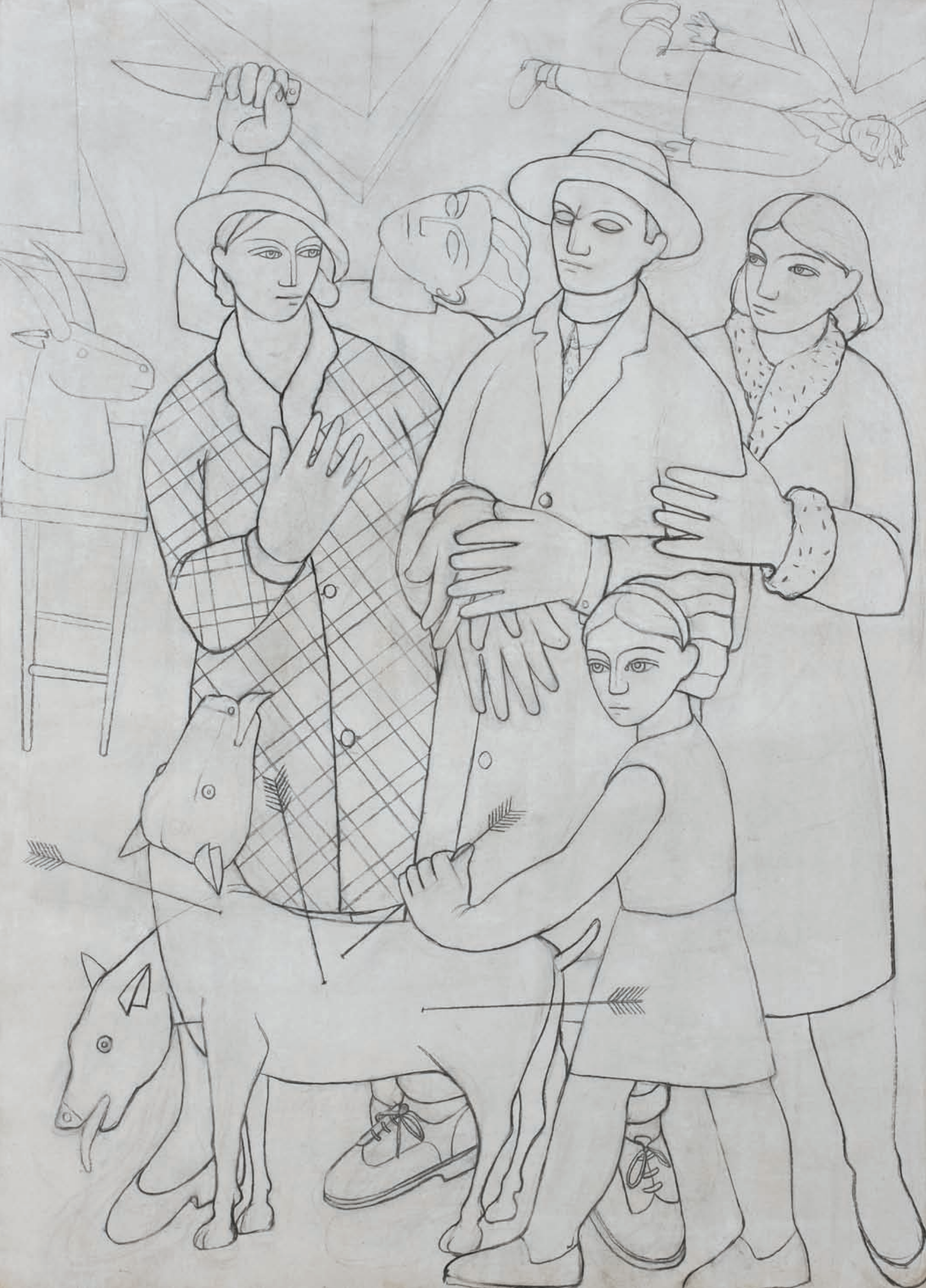
Después de tantos años
todo quedó en su sitio.
Aunque mis dioses
sigan sin cabeza
y ahora todo quieran
de nuevo,
volver a revolverlo
afirmo:
no tengo tiempo para el rencor
y a nadie permito
que me inyecte amargura.

Llamé a los dioses,
a los áureos,
nunca a los opacos.

LAS TARDES DE DOMINGO

SE HIZO LA LUZ para nombrarla, nos dijo,
para asirla y llevarla con nosotros.
A esa luz invoco cuando escribo
estas líneas que quieren convocaros.
A su holgura, a su tañido.
A la luz que inunda y sube por las venas,
lame los pies, anula la tiniebla
y brota de los ojos
como laureles tersos de Epidauro.

Evoco ese fulgor. Invoco al brío,
a las caricias,
a la brisa encendida del amor.
Llamo al bálsamo órfico de los vientos
para que invada las plazas
engalanadas de estatuas y de lirios,
y su perfume digno
se expanda por fábricas, escuelas
e inunde de quimeras
el embeleso antiguo de las calles.



También convoco cuando os escribo
a la calma dórica de la risa,
a la estrella que irradia tu mirada,
a tu tormenta y los grillos azules
que duermen la noche con copla enamorada.

Quiero contaros la luz
y desmigarla como lo harían Beckman,
Marín Bagüés o Arteta.
Decíroslo a vosotros
amigos de tertulia.

Como muchas veces estuvimos solos,
como hubo tantos días confundidos,
nombro la luz como nos la cantó
el poeta: transparente y pura.
Si la nombro también lo hago
para volver abrir con ella
el centelleante jardín de la inocencia,
como si ésta fuera posible todavía;
porque quiero volver a ver volar las amapolas
adornando el blanco de las sienas,
calentando el vaho de las bocas,
encendiendo el ánimo, el coraje,
el arrojo, para que no amortajen
ni su voz, ni la vuestra ni la mía.

Amigos,
que todas las tardes de domingo,
cuando ningún percance
ni duelo nos lo impida,
sigamos acudiendo a la tertulia
a decirnos que estamos todos juntos.
Allí, en aquel rincón,
en aquella ataraxia, en aquel limbo
donde refulge el sol todas las tardes,
aunque a veces las tardes
lloren sus diluvios,
allí, en el luminoso, amniótico,
floral salón Habana, en la casa
vacilante, racionalista y verde
del Paseo Sagasta,
os convoco,
en el 3º, al fondo del pasillo,
orientación este,
donde manan las rosas.





LA BIBLIOTECA
DE JOSÉ ANTONIO LABORDETA





EN SU BIBLIOTECA SE CONGREGAN tanto una buena parte de los libros de su hermano Miguel como todos los suyos propios. Distribuida materialmente entre Zaragoza y Villanúa (Huesca), la biblioteca alberga algo más de 5.000 obras de literatura, entre las cuales la poesía ocupa un lugar hartamente preferente. José Antonio Labordeta no pertenecía al exquisito club de los bibliófilos; su relación con los libros venía originada por su amor a la cultura, al conocimiento, a la historia de la lectura y al trabajo derivado de su predisposición creadora y de su quehacer profesional. Cabría calificársele, primordialmente, como un lector; un lector al que no le fascinaba nada de cuanto atañe al mundo de la bibliofilia. Al igual que Borges, lo único que le preocupaba era no ser un lector ecuánime o, en el peor de los casos, un sensible y agradecido lector. Al final de sus días, me contaba cómo iba recordando aquellos libros cuya lectura significó una verdadera dicha para él. Y tras los pasos de su admirado Borges, mientras su pensamiento le iba conduciendo por los caminos del recuerdo, fue esbozando su biblioteca ideal —disparatada las más de las veces—, pero muy personal y a todas luces conmovedora. Cuando, cada domingo de estos últimos años, los dos nos dirigíamos a la tertulia que manteníamos en el despacho de José Manuel Pérez Latorre —que

Gerardo Alquézar o Jorge Gay, o quizá el propio José Manuel, habían bautizado con el nombre de Salón Habana, en razón a la lámpara que iluminaba la habitación que, naturalmente, procedía de la capital cubana—, Labordeta iba desgranando historias de sus lecturas y de los libros que le fueron acompañando a lo largo de su vida; entre los que la literatura sudamericana ocupaba, sin duda, un lugar preferencial, con Juan Rulfo y su *Pedro Páramo* a la cabeza de todos ellos, cuya lectura recomendaría años atrás a sus alumnos de bachillerato en Teruel; sin olvidar a Borges, García Márquez, Múgica Laínez, Octavio Paz, Ernesto Sábato, Miguel Ángel Asturias, César Vallejo y otros varios de los que me hablaba sin parar. En estas conversaciones dominicales mi relación con José Antonio se fue estrechando más y más, y en recuerdo de las mismas acuden a mi mente los versos de Rosendo Tello: «Recuerdas José Antonio/ aquellas horas locas de exaltaciones íntimas...»

Luego, en el último año, y debido a su precario estado de salud, esas impagables tardes dominicales las trasladamos a su casa y, allí, proseguimos y prolongamos nuestras confidencias, al tiempo que le escuchábamos evocar, con aquella sonrisa tan labordetiana que tantas cosas insinuaba, viejos recuerdos del pasado: «En mi casa había oleadas de libros y yo saqueaba las estanterías de la biblioteca de mi hermano Miguel para encontrar libros y autores que serían importantes en mi formación: Sartre (*Las moscas*), Thomas Mann (*La montaña mágica*), John Steinbeck (*Las uvas de la ira*), Freud, Jung, Pepe Hierro, Celaya, Blas de Otero, Cervantes, Beckett, Aldecoa, Hermann Hesse, Paul Verlaine y tantos otros».

Igual que sabía que su amigo Pepe Melero era un confeso admirador de Andrés Trapiello y no dudó en pedirle que le trajera el último de sus diarios, acabado de salir de prensas por aquellos días, y que no temía seguir las recomendaciones de Félix Romeo con respecto a los libros de Herta Muller; no le importaba tampoco, más bien al contrario, deshacerse de un libro con el que pudiera hacer feliz a un amigo. Buena prueba de ello lo constituyen los manuscritos de sus obras que se encuentran diseminados en las bibliotecas de grandes bibliófilos y fetichistas del libro. Hace poco tiempo descubrí, en una librería de ocasión, la primera edición de *Paradiso*, la novela mediante la que José Lezama Lima, a través de José Cemí, su protagonista, nos da una visión de la vida cultural y social de Cuba. Ejemplar que llevaba la firma de José Antonio Labordeta. Sin duda lo prestó a un amigo y nunca le fue devuelto. Hoy está a buen recaudo en la biblioteca de su gran amigo Pepe Melero. Es el discurrir de la vida de los libros. Y, sin duda, el de las personas



DEL
AMOR
DESESPERADO



Gracias a la vida que me ha dado tanto.
Me ha dado la risa y me ha dado el llanto.
Así yo distingo dicha de quebranto,
los dos materiales que forman mi canto
y el canto de ustedes que es el mismo canto,
y el canto de todos, que es mi propio canto.

VIOLETA PARRA
(Gracias a la vida)

Me estoy quedando sin ti
igual que en la noche el cielo
cuando el alba lo destruye
viniendo con su lucero
para convertir los sueños
en días que se perdieron.

JOSÉ ANTONIO LABORDETA
(Me estoy quedando sin ti)

Tengo en el pecho una jaula,
en la jaula dentro un pájaro,
el pájaro lleva dentro del pecho
un niño cantando
en una jaula
lo que yo canto.

AMANCIO PRADA
(La jaula)

A José Antonio Labordeta
«Su espejo es la memoria donde ardía.»

I

ALLÍ donde juguetea la luz de los sentidos cobran vida las pasiones.

2

LAMENTO DEL PRISIONERO

SABES, amor, comprendo que no todo sea eterno como mis ansias
de amarte, y sin embargo... ¡Ay! Si pudiera encontrarte otra vez
en los lugares de siempre, a la hora de siempre, yo que muero tras
las rejas de esta prisión.

3

EL AZAR DE LAS CARTAS

No otra cosa eres, amor, que el fracaso de mi vida.

4

25 DE JUNIO

No pudiste sospechar que, dentro de aquella caja con la que me regalabas la memoria, se verían presas de su vacío las voces heridas de mi *yo* absoluto.

5

He caído en tantos errores que apenas me reconozco en el desengaño.

6

LA SEÑAL DE DUELO

El engaño trae consigo soledad. ¡Quebranto y torpe soledad!
Cruel alegoría de esa libertad que se nos escapa.

7

CUANDO LA VIDA IMITA AL ARTE

(El arte de la traición)

LA del desierto dañado es una historia de amor y traición.
Y la condena a la libertad del dolor y la tristeza.

8

ENCERRADO en la rabia y en el desprecio, comprendí que eso era la derrota.

9

LÚCIDA, pero descarnada y cínica, es la respuesta del resentimiento.

10

NI aun el dolor pervive hoy en mí como presencia tuya.

I I

PRONTO no tendrás ya nombre ni rostro; serás un pájaro
de mostaza y canela.

I 2

El amor, o la displicencia de la costumbre. *Tempus irreparabile
fugit*, o el vértigo de la rutina.

I 3

DE UN VIEJO CALENDARIO DE PARED

No cabe la felicidad
sino en la embriaguez
de un recuerdo
que se diluye con el atardecer.

I 4

SOLÍA creer que era yo quien, en mis manos, tenía el devenir
de mi universo mahleriano.

I 5

SEREMOS NÓMADAS

AL tornar de los años, y me refiero a un apretado puñado de
ellos, he comprendido que la mitad de nuestra vida encarna una
existencia que no mostramos a nadie: una vida secreta, acomodada
a la zozobra y las vacilaciones. Algo tan inabordable y a desmano
de la plusvalía y la costumbre que, si se conociese, dañaría el afecto
y la autoridad que un día se nos dispensó.

I 6

HE ido lentamente colmándome de secretos que he tenido
que renunciar a descubrir.

17

EL desaliento de ser nadie para nadie o no ser.

18

PEREGRINO DEL OTRO LADO DEL ESPEJO

¡ADIÓS, mi melancólico amigo, como tantos otros, esperaste demasiado y el tiempo se mostró más hábil que todos vosotros!

(Pero tal vez, al traspasar el umbral contiguo, también él volviera a ser como había sido, no hermoso —porque nunca lo fuera— aunque sí turbadoramente tierno.)

19

MIENTRAS no fue importante el tiempo, no lo fueron los recuerdos.

48

20

UNA CANCIÓN DESCREÍDA

AQUELLO que no pudimos dejar de ser, eso somos.

COROLARIO PARA UNA CANCIÓN DESESPERADA

AUNQUE me hubieras preguntado, vida mía, por el jardín del Edén, no habría sabido responderte.

*(El verano que celebra la luz y la vida
se ha hecho silencio
y apenas se oye ya el eco de sus pasos)*

Y

UN POEMA DE AMOR

Lo que de mí queda es el mundo.

49



SAN LAMBERTO





**PARÁBOLA AL MODO BRECHTIANO:
EL MILAGRO DE LAMBERTO**

El milagro de Lamberto fue anti-imperio romano,
anduvo unas cuantas leguas con la cabeza en la mano.

Salió Lamberto de casa para ir a su ocupación
y a mitad del recorrido le detuvo un centurión:

—¿Adónde va el saldubiense por esta tierra cercada?
—Voy a entrecavar tomates, a sembrar trigo y cebada.

—Ni siembre trigo y cebada ni entrecave los tomates,
que estos son cotos cerrados de las tropas imperiales.

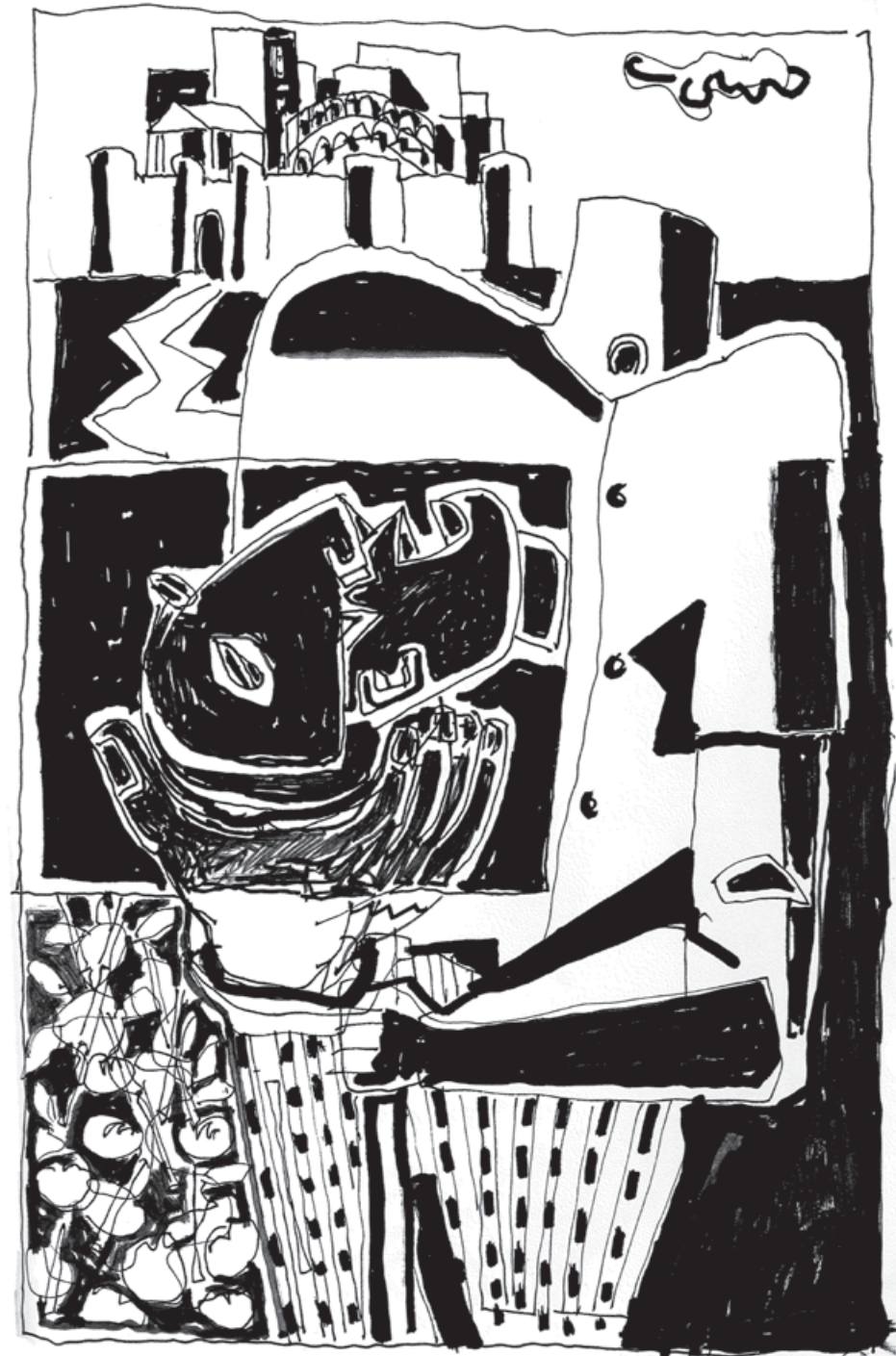
—Si las tropas imperiales han acotado mi «hoya»,
vuelven a hacer lo mismito que hacen en Chile o Camboya.

El centurión indignado con este marxicristiano
le dio un tajo en la cabeza y se la puso en la mano.

Lamberto por propio pie se enterró con santa Engracia.
Los dos habían caído por querer la democracia.







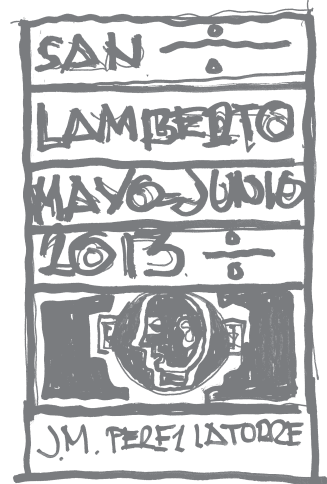


Trabaja al modo brechtiano
del milagro de Lambert.

Salio Lambert de esa
 pra la a su ocupacion
 y a un lado del se con el
 de dibujo un entusiasmo.
 A donde va el salidulidene
 por esos tiempos creados?
 Voy a en buena fortuna
 a sembrar trigo y cebada.
 No siempre trigo y cebada
 ni en el campo los tomates
 que en los san Dioses creados
 por la tierra imperial.
 Si los Tropas imperiales han acordado en la
 guerra han lo mismo que da han en la
 el entusiasmo indigno de
 cuando un marxista
 le dio un tajo a la cabeza
 y a la parte en la mano.
 Lambert por forjado por el
 se en los con Santa la guerra
 los de la guerra cuando por guerra
 la guerra.

Copia a mano
 por libro la Tine que
 en el que dice de
 por los de Lambert
 J. M. P. L. A. T. O. R. Z. E.

En un billor (si se quiere)
 (1) no tan moderno -



EL SALÓN HABANA. José Manuel Pérez Latorre	11
TARDES DE DOMINGO. Jorge Gay	19
LA BIBLIOTECA DE JOSÉ ANTONIO LABORDETA. Ángel Artal	35
DEL AMOR DESESPERADO. Gerardo Alquézar	41
SAN LAMBERTO. José Antonio Labordeta	51



El *Salón Habana* se imprimió en Zaragoza
en vísperas del nacimiento de la primavera de 2014
como tributo de amistad a
JOSÉ ANTONIO LABORDETA
habiendo sido sus inspiradores
Gerardo Alquézar
Ángel Artal
Jorge Gay
y José Manuel Pérez Latorre
«los chicos de la tarde del domingo»



Diseño, Fernando Lasheras. Encuadernación, Choni Naudín. Impresión, Microarte.



